

Didáctica: JESÚS, CENTRO Y FIN DE LA CATEQUESIS

Lunes 25 de agosto curso formativo-lectivo 2024-2025

El Santo Padre, en un telegrama a firma del Secretario de Estado, expresa su deseo de renovación y agradece la labor realizada por la Sociedad de Catequetas Latinoamericanas reunidos en Asunción, Paraguay, para celebrar los 30 años de fundación.

Los catequetas son especialistas en la investigación y el desarrollo de métodos pedagógicos para la catequesis, mientras que los catequistas son los agentes que transmiten y acompañan en la fe de manera práctica y pastoral.

En el telegrama firmado por el cardenal Secretario de Estado, Pietro Parolin, el Pontífice saluda a los organizadores y participantes en el encuentro que tiene como finalidad reflexionar sobre *“la persona de Jesús de Nazaret, centro y fin de la catequesis”*.

En breve mensaje” a cincuenta catequetas de América Latina y el Caribe reunidos en Asunción, Paraguay, han recibido un reto directo del Papa León XIV: **ser “transparencia” de la presencia viva de Cristo.**

El Pontífice les ha pedido **ir más allá de la teoría y convertirse en testigos vivos del Evangelio renovando con pasión su misión de anunciar a Jesús en un continente que busca renovar su fe.**

El Santo Padre **los anima a renovar, a partir de este conocimiento amoroso de Cristo, el deseo de anunciarlo, de evangelizar y de llevar a otros al ‘sí’ de la fe en Él, siendo transparencia de su presencia viva”**.

En el telegrama, dirigido al presidente de SCALA, el P. Mario Segura Bonilla, el Pontífice les invitó también **a seguir centrando su reflexión en la Persona de Jesús de Nazaret, “centro y fin de la catequesis”** y les instó a **renovar el deseo de anunciarlo con gozo.**

El Santo Padre elogió que estos días de encuentro **tengan como principal objetivo reflexionar sobre la Persona de Jesús de Nazaret.**

Finalmente invocó la intercesión de la Virgen María, Madre del Buen Consejo, e impartió la bendición apostólica **como prenda de abundantes dones celestiales.**

La XIII Asamblea Ordinaria y las X Jornadas de Estudio de la Sociedad de Catequetas de América Latina y el Caribe concluirán el 11 de julio en Asunción (Paraguay). Las Jornadas SCALA no sólo ofrecen formación académica, sino que también crean espacios de intercambio eclesial, reforzando los lazos entre catequistas al servicio de la evangelización en América Latina

Este evento se enmarca en el proceso de renovación de la catequesis en Paraguay iniciado en 2015, orientado a actualizar los itinerarios de iniciación cristiana a la luz del Documento de Aparecida, el Directorio para la Catequesis (2020), la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, el magisterio del Papa Francisco y el camino sinodal que vive hoy la Iglesia Católica, llevando el acompañamiento de la Conferencia Episcopal Latinoamericana, el CELAM:

Didáctica: PATRIS CORDE II

DEL SANTO PADRE FRANCISCO

CON MOTIVO DEL 150.º ANIVERSARIO

DE LA DECLARACIÓN DE SAN JOSÉ

COMO PATRONO DE LA IGLESIA UNIVERSAL

Coordina Yazmín Sampeio

Lunes 4 de agosto curso formativo-lectivo 2024-2025

Itinerario: <Quemadmodum Deus=, (8 diciembre 1870)	Papa Pío IX
<Inclytum Patriarcham” (7 julio 1871)	Papa Pío IX
<Quamquam pluries= (15 agosto 1889)	Papa León XIII
<Neminem fugit= (14 junio 1892)	Papa León XIII
<Letanías a San José= (18 de marzo 1909)	Papa San Pío X
<Bonum sano= (25 julio 1920)	Papa Benedicto XV
<Discurso solemnidad= (1º mayo 1955)	Papa Pío XII
<Le voci= (19 marzo 1961)	Papa San Juan XXIII
<Redemptoris Custos (15 agosto 1989)	Papa San Juan Pablo II

1. Padre amado

La grandeza de san José consiste en el hecho de que fue el esposo de María y el padre de Jesús. En cuanto tal, *«entró en el servicio de toda la economía de la encarnación»*, como dice san Juan Crisóstomo.

San Pablo VI observa que su paternidad se manifestó concretamente *«al haber hecho de su vida un servicio, un sacrificio al misterio de la Encarnación y a la misión redentora que le está unida; al haber utilizado la autoridad legal, que le correspondía en la Sagrada Familia, para hacer de ella un don total de sí mismo, de su vida, de su trabajo; al haber convertido su vocación humana de amor doméstico en la oblación sobrehumana de sí mismo, de su corazón y de toda capacidad en el amor puesto al servicio del Mesías nacido en su casa»* .

Por su papel en la historia de la salvación, san José es un padre que siempre ha sido amado por el pueblo cristiano, como lo demuestra el hecho de que se le han dedicado numerosas iglesias en todo el mundo; que muchos institutos religiosos, hermandades y grupos eclesiales se inspiran en su espiritualidad y llevan su nombre; y que desde hace siglos se celebran en su honor diversas representaciones sagradas.

Muchos santos y santas le tuvieron una gran devoción, entre ellos Teresa de Ávila, quien lo tomó como abogado e intercesor, encomendándose mucho a él y recibiendo todas las gracias que le pedía.

Alentada por su experiencia, la santa persuadía a otros para que le fueran devotos .

En todos los libros de oraciones se encuentra alguna oración a san José. Invocaciones particulares que le son dirigidas todos los miércoles y especialmente durante el mes de marzo, tradicionalmente dedicado a él.

La confianza del pueblo en san José se resume en la expresión "*Ite ad Ioseph*", que hace referencia al tiempo de hambruna en Egipto, cuando la gente le pedía pan al faraón y él les respondía: «*Vayan donde José y hagan lo que él les diga*» (Gn 41,55).

Se trataba de José el hijo de Jacob, a quien sus hermanos vendieron por envidia (cfr. Gn 37,11-28) y que —siguiendo el relato bíblico— se convirtió posteriormente en virrey de Egipto (cfr. Gn 41,41-44).

Como descendiente de David (cfr. Mt 1,16.20), de cuya raíz debía brotar Jesús según la promesa hecha a David por el profeta Natán (cfr. 2 Sam 7), y como esposo de María de Nazaret, san José es la pieza que une el Antiguo y el Nuevo Testamento.

2. Padre en la ternura

José vio a Jesús progresar día tras día «*en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres*» (Lc 2,52).

Como hizo el Señor con Israel, así él "*le enseñó a caminar, y lo tomaba en sus brazos: era para él como el padre que alza a un niño hasta sus mejillas, y se inclina hacia él para darle de comer*" (cfr. Os 11,3-4).

Jesús vio la ternura de Dios en José: «*Como un padre siente ternura por sus hijos, así el Señor siente ternura por quienes lo temen*» (Sal 103,13).

En la sinagoga, durante la oración de los Salmos, José ciertamente habrá oído el eco de que el Dios de Israel es un Dios de ternura, que es bueno para todos y «*su ternura alcanza a todas las criaturas*» (Sal 145,9).

La historia de la salvación se cumple creyendo «*contra toda esperanza*» (Rm 4,18) a través de nuestras debilidades. Muchas veces pensamos que Dios se basa sólo en la parte buena y vencedora de nosotros, cuando en realidad la mayoría de sus designios se realizan a través y a pesar de nuestra debilidad.

Esto es lo que hace que san Pablo diga:

«*Para que no me engría tengo una espina clavada en el cuerpo, un emisario de Satanás que me golpea para que no me engría. Tres veces le he pedido al Señor que la aparte de mí, y él me ha dicho: "¡Te basta mi gracia!, porque mi poder se manifiesta plenamente en la debilidad!"*» (2 Co 12,7-9).

Si esta es la perspectiva de la economía de la salvación, debemos aprender a aceptar nuestra debilidad con intensa ternura.

Didáctica: Homilía del Papa León XIV en la Misa con los Cardenales electores en la Capilla Sixtina

Lunes 11 de agosto curso formativo-lectivo 2024-2025

Coordina Constancia Alberto

El Papa León XIV pronunció esta homilía en su primera Misa como Papa

ción se intoxica por la voluntad de dominar al otro, una actitud que frecuentemente desemboca en violencia, como desgraciadamente demuestran los numerosos y recientes casos de feminicidio.

El Espíritu Santo, en cambio, hace madurar en nosotros los frutos que ayudan a vivir relaciones auténticas y sanas: «amor, alegría y paz, magnanimidad, afabilidad, bondad y confianza» (Gal 5,22).

De este modo, el Espíritu expande las fronteras de nuestras relaciones con los demás y nos abre a la alegría de la fraternidad. Y este es un criterio decisivo también para la Iglesia; somos verdaderamente la Iglesia del Resucitado y los discípulos de Pentecostés sólo si entre nosotros no hay ni fronteras ni divisiones, si en la Iglesia sabemos dialogar y acogernos mutuamente integrando nuestras diferencias, si como Iglesia nos convertimos en un espacio acogedor y hospitalario para todos.

Para concluir, el Espíritu abre las fronteras también entre los pueblos. En Pentecostés los Apóstoles hablan las lenguas de los que encuentran y el caos de Babel es finalmente apaciguado por la armonía generada por el Espíritu. Las diferencias, cuando el Soplo divino une nuestros corazones y nos hace ver en el otro el rostro de un hermano, no son ocasión de división y de conflicto, sino patrimonio común del que todos podemos beneficiarnos, y que nos pone a todos en camino, juntos, en la fraternidad.

El Espíritu rompe las fronteras y abate los muros de la indiferencia y del odio, *porque "nos enseña todo" y nos "recuerda las palabras de Jesús"* (cfr. Jn 14,26); *y, por eso, lo primero que enseña, recuerda e imprime en nuestros corazones es el mandamiento del amor, que el Señor ha puesto en el centro y en la cima de todo. Y donde hay amor no hay espacio para los prejuicios, para las distancias de seguridad que nos alejan del prójimo, para la lógica de la exclusión que vemos surgir desgraciadamente también en los nacionalismos políticos.*

Precisamente celebrando Pentecostés, el Papa Francisco observaba que «Hoy en el mundo hay mucha discordia, mucha división. Estamos todos conectados y, sin embargo, nos encontramos desconectados entre nosotros, anestesiados por la indiferencia y oprimidos por la soledad» (Homilía, 28 mayo 2023).

Y de todo esto son una trágica señal las guerras que agitan nuestro planeta. Invoquemos el Espíritu de amor y de paz, para que abra las fronteras, abata los muros, disuelva el odio y nos ayude a vivir como hijos del único Padre que está en el cielo.

Hermanos y hermanas: ¡Por Pentecostés se renueva la Iglesia y el mundo! Que el viento vigoroso del Espíritu venga sobre nosotros y dentro de nosotros, abra las fronteras del corazón, nos dé la gracia del encuentro con Dios, amplíe los horizontes del amor y sostenga nuestros esfuerzos para la construcción de un mundo donde reine la paz.

Que María Santísima, Mujer de Pentecostés, Virgen visitada por el Espíritu, Madre llena de gracia, nos acompañe e interceda por nosotros.»

con fortaleza y les da el valor de salir al encuentro de todos para anunciar las obras de Dios.

El texto de los Hechos de los Apóstoles nos dice que, en Jerusalén, en ese momento, había una multitud de las más variadas procedencias, y, aun así, «cada uno los oía hablar en su propia lengua» (v. 6).

Y entonces, es así que en Pentecostés las puertas del cenáculo se abren porque el Espíritu abre las fronteras. Como afirma Benedicto XVI: «El Espíritu Santo da el don de comprender. Supera la ruptura iniciada en Babel —la confusión de los corazones, que nos enfrenta unos a otros, y abre las fronteras. [...] La Iglesia debe llegar a ser siempre nuevamente lo que ya es: debe abrir las fronteras entre los pueblos y derribar las barreras entre las clases y las razas. En ella no puede haber ni olvidados ni despreciados. En la Iglesia hay sólo hermanos y hermanas de Jesucristo libres» (Homilía de Pentecostés, 15 mayo 2005).

Esta es una imagen elocuente de Pentecostés sobre la que quisiera detenerme con ustedes para meditarla.

El Espíritu abre las fronteras dentro de nosotros. Es el Don que abre nuestra vida al amor. Y esta presencia del Señor disuelve nuestras durezas, nuestras cerrazones, los egoísmos, los miedos que nos paralizan, los narcisismos que nos hacen girar sólo en torno a nosotros mismos.

El Espíritu Santo viene a desafiar, en nuestro interior, el riesgo de una vida que se atrofia, absorbida por el individualismo. Es triste observar como en un mundo donde se multiplican las ocasiones para socializar, corremos el riesgo de estar paradójicamente más solos, siempre conectados y sin embargo incapaces de “establecer vínculos”, siempre inmersos en la multitud, pero restando viajeros desorientados y solitarios.

El Espíritu de Dios nos hace descubrir un nuevo modo de ver y de vivir la vida. Nos abre al encuentro con nosotros mismos, más allá de las máscaras que llevamos puestas; nos conduce al encuentro con el Señor enseñándonos a experimentar su alegría; nos convence —según las mismas palabras de Jesús apenas proclamadas— de que sólo si permanecemos en el amor recibimos también la fuerza de observar su Palabra y, por tanto, de ser transformados por ella. Abre las fronteras en nuestro interior, para que nuestra vida se convierta en un espacio hospitalario.

El Espíritu abre también las fronteras en nuestras relaciones. En efecto, Jesús dice que este Don es el amor entre Él y el Padre que viene a habitar en nosotros. Y cuando el amor de Dios mora en nosotros, somos capaces de abrirnos a los hermanos, de vencer nuestras rigideces, de superar el miedo hacia el que es distinto, de educar las pasiones que se sublevan dentro de nosotros. Pero el Espíritu transforma también aquellos peligros más ocultos que contaminan nuestras relaciones, como los malentendidos, los prejuicios, las instrumentalizaciones.

Pienso también —con mucho dolor— en los casos en que una rela-

en la Capilla Sixtina el 9 de mayo, la mañana después de ser elegido el 266º sucesor de San Pedro, dirigiéndose a los Cardenales electores que lo habían elegido.

«Comenzaré con una palabra en inglés, y el resto está en italiano. Pero quiero repetir las palabras del Salmo responsorial: «Cantaré un cántico nuevo al Señor, porque ha hecho maravillas».

Y, de hecho, no solo conmigo, sino con todos nosotros. Hermanos Cardenales, al celebrar esta mañana, los invito a reconocer las maravillas que el Señor ha obrado, las bendiciones que el Señor continúa derramando sobre todos nosotros a través del ministerio de Pedro.

Me habéis llamado a llevar esa cruz, y a ser bendecido con esa misión, y sé que puedo confiar en todos y cada uno de vosotros para caminar conmigo, mientras continuamos como Iglesia, como comunidad de amigos de Jesús, como creyentes anunciando la buena noticia, anunciando el Evangelio.

«Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (Mt 16,16). Con estas palabras, Pedro, al ser preguntado por el Maestro, junto con los demás discípulos, sobre su fe en él, expresó el patrimonio que la Iglesia, mediante la sucesión apostólica, ha preservado, profundizado y transmitido durante dos mil años.

Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios vivo: el único Salvador que revela el rostro del Padre.

En él, Dios, para hacerse cercano y accesible a los hombres, se nos reveló en la mirada confiada de un niño, en la mente vivaz de un joven y en los rasgos maduros de un hombre (cfr. Gaudium et Spes, 22), apareciendo finalmente a sus discípulos después de la Resurrección con su cuerpo glorioso. Nos mostró así un modelo de santidad humana que todos podemos imitar, junto con la promesa de un destino eterno que trasciende todos nuestros límites y capacidades.

Pedro, en su respuesta, comprende ambas cosas: el don de Dios y el camino a seguir para dejarse transformar por él. Dos aspectos inseparables de la salvación confiada a la Iglesia para ser proclamada por el bien de la humanidad. De hecho, nos son confiados a nosotros, que fuimos elegidos por él antes de formarnos en el vientre materno (cfr. Jer 1,5), renacidos en las aguas del Bautismo y, superando nuestras limitaciones y sin ningún mérito propio, traídos aquí y enviados desde aquí, para que el Evangelio sea proclamado a toda criatura (cfr. Mc 16,15).

De manera particular, Dios me ha llamado por su elección a suceder al Príncipe de los Apóstoles y me ha confiado este tesoro para que, con su ayuda, sea su fiel administrador (cfr. 1 Co 4,2) en beneficio de todo el Cuerpo místico de la Iglesia.

Lo ha hecho para que ella sea cada vez más una ciudad asentada sobre una colina (cfr. Ap 21,10), un arca de salvación que navega por las aguas de la historia y un faro que ilumina las noches oscuras de este mundo. Y esto, no tanto por la magnificencia de sus estructuras o la grandeza de sus edificios —como los monumentos entre los que nos encontramos—, sino más bien por la santidad de sus miembros.

Porque somos el pueblo que Dios ha elegido como suyo, para que

anunciemos las maravillas de aquel que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable (cfr. 1 P 2,9).

Pedro, sin embargo, hace su profesión de fe respondiendo a una pregunta específica: «¿Quién dice la gente que es el Hijo del Hombre?» (Mt 16,13). La pregunta no es trivial. Se refiere a un aspecto esencial de nuestro ministerio: el mundo en el que vivimos, con sus limitaciones y sus potencialidades, sus interrogantes y sus convicciones.

“¿Quién dice la gente que es el Hijo del Hombre?” Si reflexionamos sobre la escena que estamos considerando, podríamos encontrar dos posibles respuestas, que caracterizan dos actitudes diferentes.

En primer lugar, está la respuesta del mundo. Mateo nos cuenta que esta conversación entre Jesús y sus discípulos tiene lugar en la hermosa ciudad de Cesarea de Filipo, repleta de lujosos palacios, enclavada en un magnífico paisaje natural al pie del monte Hermón, pero también un lugar de crueles luchas de poder y escenario de traiciones e infidelidades. Este escenario nos habla de un mundo que considera a Jesús una persona completamente insignificante, en el mejor de los casos alguien con una forma de hablar y actuar inusual y llamativa. Y así, una vez que su presencia se vuelve molesta por sus exigencias de honestidad y sus severas exigencias morales, este «mundo» no dudará en rechazarlo y eliminarlo.

Luego está la otra posible respuesta a la pregunta de Jesús: la de la gente común. Para ellos, el Nazareno no es un charlatán, sino un hombre recto, valiente, que habla bien y dice las cosas correctas, como otros grandes profetas de la historia de Israel. Por eso lo siguen, al menos mientras pueden hacerlo sin demasiado riesgo ni inconveniente. Sin embargo, para ellos es solo un hombre, y por eso, en momentos de peligro, durante su pasión, también lo abandonan y se van decepcionados.

Lo sorprendente de estas dos actitudes es su relevancia hoy en día. Encarnan ideas que fácilmente podríamos encontrar en boca de muchos hombres y mujeres de nuestra época, aunque, siendo esencialmente idénticas, se expresan en lenguaje diferente.

Incluso hoy en día, existen muchos entornos donde la fe cristiana se considera absurda, reservada para los débiles y poco inteligentes.

Entornos donde se prefieren otras seguridades, como el dinero, la tecnología, el éxito, el poder o el placer.

Estos son contextos donde no es fácil predicar el Evangelio y dar testimonio de su verdad, donde los creyentes son objeto de burla, oposición, desprecio o, en el mejor de los casos, tolerados y compadecidos.

Sin embargo, precisamente por esta razón, son los lugares donde nuestra labor misionera es desesperadamente necesaria. La falta de fe suele ir acompañada trágicamente de la pérdida del sentido de la vida, el descuido de la misericordia, atroces violaciones de la dignidad humana, la crisis familiar y tantas otras heridas que afligen a nuestra sociedad.

Hoy en día, también existen muchos contextos en los que Jesús, aunque apreciado como hombre, es reducido a una especie de líder carismático o superhombre. Esto es cierto no solo entre los no creyentes, sino también entre muchos cristianos bautizados, quienes terminan vi-

viendo, en este nivel, en un estado de ateísmo práctico.

Este es el mundo que se nos ha confiado, un mundo en el que, como tantas veces nos enseñó el Papa Francisco, estamos llamados a dar testimonio de nuestra fe gozosa en Jesús el Salvador. Por eso, es esencial que también nosotros repitamos, con Pedro: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (Mt 16,16).

Es esencial hacer esto, ante todo, en nuestra relación personal con el Señor, en nuestro compromiso diario de conversión. Luego, hacerlo como Iglesia, viviendo juntos nuestra fidelidad al Señor y llevando la Buena Nueva a todos (cfr. Lumen Gentium, 1).

Me digo esto ante todo a mí mismo, como Sucesor de Pedro, al comenzar mi misión como Obispo de Roma y, según la conocida expresión de San Ignacio de Antioquía, llamado a presidir en caridad la Iglesia universal (cfr. Carta a los Romanos, Prólogo).

San Ignacio, quien fue conducido encadenado a esta ciudad, lugar de su inminente sacrificio, escribió a los cristianos de allí: «Entonces seré verdaderamente discípulo de Jesucristo, cuando el mundo ya no vea mi cuerpo» (Carta a los Romanos, IV, 1).

Ignacio hablaba de ser devorado por fieras en la arena -y así sucedió-, pero sus palabras se aplican de forma más general a un compromiso indispensable para todos aquellos que en la Iglesia ejercen un ministerio de autoridad. Es hacerse a un lado para que Cristo permanezca, hacerse pequeño para que sea conocido y glorificado (cfr. Jn 3,30), entregarse al máximo para que todos tengan la oportunidad de conocerlo y amarlo.

Que Dios me conceda esta gracia, hoy y siempre, por la amorosa intercesión de María, Madre de la Iglesia».

Didáctica: HOMILÍA en la SANTA MISA EN LA SOLEMNIDAD DE PENTECOSTÉS JUBILEO DE LOS MOVIMIENTOS, DE LAS ASOCIACIONES Y DE LAS NUEVAS COMUNIDADES

Lunes 18 de agosto curso formativo-lectivo 2024-2025

Coordina Patricia Pérez

Hermanos y hermanas:

«Brilla para nosotros, hermanos, el día grato en que [...] Jesucristo, el Señor, después de resucitado y glorificado por su ascensión, envió al Espíritu Santo» (S. Agustín, *Sermo* 271, 1). Y también hoy se reaviva lo que sucedió en el cenáculo; desciende sobre nosotros el don del Espíritu Santo como un viento impetuoso que sacude, como un fragor que nos despierta, como un fuego que nos ilumina (cfr. Hch 2,1-11).

Como hemos escuchado en la primera lectura, el Espíritu lleva a cabo algo extraordinario en la vida de los Apóstoles. Ellos, después de la muerte de Jesús, se habían encerrado en el miedo y en la tristeza, pero ahora reciben finalmente una mirada nueva y una inteligencia del corazón que les ayuda a interpretar los eventos que han sucedido y a tener una íntima experiencia de la presencia del Resucitado: el Espíritu Santo vence su miedo, rompe las cadenas interiores, alivia las heridas, los unge